

bres, custodiados por el Cuerpo de Alabarderos; y cuando ya estaban en el wagon régio y la máquina se estremecía y silbaba como á los primeros impulsos del movimiento, nuevo telegrama llegado súbitamente revoca el consejo del viaje y obliga á toda la corte á encerrarse de nuevo desesperada en su poster asilo, en el refugio de San Sebastian. Gruesas lágrimas caían gota á gota de los ojos de la Reina. El telegrama daba la noticia de la batalla de Alcolea.

Al día siguiente un tren real se hallaba dispuesto en la estación de San Sebastian; pero mirando hácia Francia. La Reina, vestida asaz vistosamente para lo grave del momento y lo trágico del caso, abandonaba con toda su familia el trono y el suelo español. Ninguno de los honores prestados á los reyes le faltó en aquella hora suprema. La guarnición, aunque comprometida en el movimiento, no dió de ello ninguna señal por no desacatar á la Reina, por no ofender á la madre, por no amargar los últimos instantes de aquel largo reinado; la ciudad, aunque muy liberal, se abstuvo de todo género de manifestaciones que no fueran las nacidas de solemne y sublime silencio; acompañó el ayuntamiento á la familia real hasta el límite de la población, como si estuviera en el trono; acompañóla hasta los límites de la provincia, toda la diputación; los soldados presentaron sus armas y las músicas entonaron la marcha real; estuvieron los alabarderos en su puesto, cual si se tratara de un paseo en vez de tratarse de un último y supremo viaje, parecido á la muerte, y que en realidad era la muerte de la monarquía. Las montañas Pirenaicas, bastiones y seguros del elemento conservador y tradicional en nuestra patria, vieron caer á impulsos de huracan abrasador, formado en las playas de Andalucía, conductores seguros de todos los progresos y de todas las ideas, una monarquía que desde los tiempos de Augusto, en que se fundó, contaba veinte siglos, desde los tiempos de Ataul-

fo, en que se renovó, quince siglos, desde los tiempos de Pelayo en que se restauró, doce siglos, monarquía, no interrumpida ni un minuto en nuestra patria; ídolo monstruoso, inmenso gigante, que para caber en la tierra, habia necesidad de ensancharla; y que contaba al sol entre las joyas de su corona y al mar entre las esmeraldas de sus andalias.

Del otro lado del Pirineo aguardaban á los reyes de España, los emperadores de Francia heridos también por aquella catástrofe. El rostro impasible de Napoleon III estaba alterado, sus claros ojos germánicos de una infinita vaguedad, aparecían como henchidos de siniestros pensamientos. La emperatriz Eugenia no podía dominar su emoción y lloraba á sollozos por más que el Emperador la instaba para que se reprimiera. La reina Isabel se mostraba serena, sin duda por no darse bien cuenta de lo que le sucedía; y el rey alegre porque si se acababa su altísimo trono, también se acababa su larga esclavitud doméstica. Las niñas jugaban en la santa ignorancia de su inocencia. El príncipe Alfonso inmóvil, triste, como si comprendiera toda la trascendencia y toda la importancia de aquellos momentos, representaba bien por una inspiración superior á su edad, la gran desgracia del principio monárquico, del principio hereditario, vinculado en su persona. El príncipe Imperial le tendió la mano solícito y le abrazó compasivo, sin presentir quizá, que bien pronto iba á caer también del trono en el destierro. Después de aquella corta entrevista en la estación de Biarritz, el tren se perdió con rapidez dirigiéndose hácia Pau, es decir, hácia la cuna del fundador de la dinastía de los Borbones, cuyo último vástago reinante, por una coincidencia providencial encontraba en esa cuna el primer sepulcro de su autoridad y de su poder. Un tren lleno de emigrados se cruzó con el tren real y la Reina pudo oír en el seno de extranjero suelo el eco de la revolución triunfante, los vivas á la libertad mezclados con maldiciones á su nom-

bre. Al entrar los reyes destronados en el palacio del gran Enrique IV, si tenían conciencia y memoria, pudieron oír una reconvencción amarga diciéndoles: No caeráis desde tan alto si guardarais el espíritu del fundador de vuestra familia, el génio de la filosofía, el culto á la libertad y la tolerancia religiosa.

¿Qué era la revolución de Setiembre? Era en el fondo una revolución republicana aunque fuera en el nombre solo una revolución democrática. ¿Qué elementos habian hecho la revolución? Dos elementos, las fuerzas y las ideas. ¿A qué partido pertenecían las ideas? Al partido republicano. ¿Y las fuerzas? Húbolas populares y militares. Y la mayor parte de las fuerzas populares pertenecían al partido avanzado como al partido conservador pertenecían sin duda la mayor parte de las fuerzas militares. Mas para cerrar este relato y para terminar este estudio conviene apuntar algunas reflexiones sobre el extraño fenómeno de que siendo en sus principios y en sus tendencias la revolución de Setiembre una revolución anti-monárquica, y por consecuencia una revolución republicana no llegará hasta el fin á una definitiva proclamación de la república. Resumamos.

Jamás el génio español ha dudado de sí mismo; jamás ha caído en desaliento y mucho menos en desesperación. La palabra imposible parece borrada de su diccionario. Sus decadencias son largas, pero no irremediables. Cuando se le cree perdido para siempre despiértase de súbito y deslumbra á la tierra. Todos le hubieran juzgado, al finalizar la Edad Media, roto, destruido, pulverizado bajo sus guerras feudales. Pues se apercibía nada menos que á dominar Europa y á descubrir América. Todos le creían destronado á fines del siglo décimo séptimo, en los claustros y entre los hechizos. Y al poco tiempo volvía á poner miedo con su audacia en el mundo. Napoleon pensaba que tendiendo la mano, recogería el cadáver de la nación aniquilada.

B.

Y se encontró con que le consumía la mano el fuego de Bailén, de Zaragoza, de Gerona. Todo hay que temerle del pueblo español, cuando el pueblo español se dá á las reacciones, pero todo hay que esperarlo del pueblo español cuando el pueblo español se dá á la libertad y á la democracia.

No tenemos las tradiciones republicanas que tienen Italia y Francia. Nuestro pueblo, siempre guerreando, ha necesitado siempre un caudillo. A este caudillo no le bastaba con la espada del caballero para combatir; habia menester el cetro del monarca para imperar. No obstante este antiguo carácter monárquico, hay regiones que se han salvado de la monarquía, y que han sabido conservar su democracia y su república. Todavía existen allá en el Norte provincias de una autonomía y de una independencia que las asemejan á los cantones suizos. Los ciudadanos no dan tributos, ni dan á los reyes sangre. Su hogar es un templo cerrado á las invasiones de la autoridad como el hogar inglés, ó el hogar americano. Cada pueblo es una república regida por ayuntamientos que ha nombrado la universalidad de los vecinos al son de la campana. Cuando las épocas fijadas por los fueros llegan, los representantes de los pueblos reúnen á la sombra de los seculares árboles de la libertad, y votan los impuestos, y redactan ó interpretan las leyes, y nombran nuevas autoridades, y residen en las antiguas con la calma, con la mesura de un pueblo acostumbrado á dirigirse á sí mismo en medio de las tempestades de la libertad.

Y no sólo tenemos estos ejemplares vivos de democracia, sino que tenemos también tradiciones democráticas, tradiciones que debiéramos llamar republicanas. Nuestras Cortes de Castilla muchas veces llegaron á expulsar el estado eclesiástico y el estado aristocrático de sus sesiones. Nuestras Cortes de Aragon subieron á tanto poderío, que nombraron el gobierno de los reyes y obtuvieron

días fijos para sus reuniones. Navarra fué una especie de República más ó menos aristocrática presidida por un rey más ó menos respetado. Y los municipios castellanos son en la Edad Media verdaderas repúblicas democráticas. Todos los ciudadanos acuden al concejo; todos nombran los alcaldes, todos alternan en el jurado, todos cultivan los propios en que se extingue la servidumbre del terruño, todos se arman en las milicias, todos tienen aseguradas las libertades indispensables á la vida, todos fundan la Hermandad que se defiende contra el feudalismo, y que es una verdadera federación de plebeyos.

Lo que realmente admira en España, es que siempre hubo un pueblo enérgico, bastante fuerte para imponer á los gobiernos sus errores unas veces; otras su altivo espíritu, su inquieto heroísmo. Este pueblo tiene, como el pueblo griego, su epopeya, su teatro, inspirados por los sentimientos de su corazón, iluminados por las ideas de su mente, con todos sus defectos, pero también con toda su hiperbólica grandeza. Es verdad que su exageración de sentimientos le llevó á ser el campeón del catolicismo, cuando el catolicismo decaía en el mundo, y á perseguir la reforma, cuando la reforma renovaba la conciencia; y á extirpar la libertad de pensar, cuando sin ella no es posible el desarrollo de la razón; y á combatir á Holanda, á Inglaterra, en el momento mismo en que estas dos naciones servían con mayor celo al progreso de la civilización moderna.

Mas esos mismos sentimientos llegaron á servir á la libertad con la natural exaltación de este pueblo. Amará más tarde quizá que las otras naciones las nuevas ideas; pero las amará más tiempo. Lo que puede asegurarse es la completa extinción del sentimiento monárquico en el pueblo español. ¿Cómo, se pregunta el ánimo admirado de estas súbitas transformaciones, cómo ha variado en un pueblo tan constante? Solemos atribuir la muerte de las instituciones á externos combates y

á extraños impulsos, cuando las instituciones mueren por interna descomposición. A principios del siglo, la fé monárquica se había disminuido en nuestra conciencia, y el respeto monárquico amenguado en nuestros corazones. Los escándalos de la corte enseñaron al pueblo que los reyes habían perdido la superioridad moral, luz y calor de la superioridad política. Una insurrección llegó irreverente hasta el palacio de los monarcas, y los obligó á vergonzosas abdicaciones. El motín de Aranjuez termina en verdad la monarquía absoluta, que empezara en la reacción lastimosa contra las comunidades. Luego, cuando el pueblo emprende y termina la mayor de sus empresas, la guerra de la independencia, el rey está ausente, convertido en cortesano del conquistador, felicitándole por sus victorias conseguidas contra los propios vasallos, lamiéndole las espuelas tintas en sangre española. Vuelve, vuelve el rey, gracias al valor de un pueblo que llevaba su patriotismo hasta el suicidio, y vuelve para oprimir á los patriotas que le habían redimido, y para llamar en su auxilio á los extranjeros que le habían cautivado. A esto siguieron proscripciones, matanzas, una reacción universal en la que se martirizó á todo cuanto había de ilustre en la Península con crueldad y ensañamiento, comparables á la crueldad y ensañamiento de Tiberio y de Nerón. El monstruo coronado nos legara su estirpe, y para mayor desgracia, fiando la cuna de esa estirpe á la libertad que había perseguido con furia. Siete años duró la guerra civil, siete años en que combatimos por un equívoco tremendo, por la alianza de la libertad moderna con el antiguo trono de los Borbones. Pero estos príncipes semejantes á los Estuardos, cuya historia se repite en todas las dinastías reaccionarias, fueron en la guerra de la independencia aliados del extranjero y en la guerra civil aliados de la reacción, eternamente extraños á nuestra nacionalidad y á nuestras

libertades. Los pueblos aprenden difícilmente las ideas abstractas; pero aprenden con suma facilidad las lecciones de la experiencia. Cuando había peleado por la patria tuvo sus reyes enfrente, y enfrente sus reyes, cuando había establecido su libertad. Revolución de 1820; revolución de 1836; revolución de 1840; revolución de 1854; revolución de 1868, parecen unas contra los ministerios, y otras contra la dinastía; pero si á fondo se examinan todas, en los móviles que las impulsan, en las ideas que las inspiran, en los sentimientos que las animan y sostienen, se ve que son revoluciones dirigidas contra la monarquía y los monarcas.

Cuando un régimen se descompone, la sociedad que vive renovándose, forma un nuevo régimen que encarna y realice sus ideas. A medida, pues, que el sentimiento monárquico se extinguía, brotaba el sentimiento republicano. Llamadas de esta idea resplandecen con extraordinario brillo en todos los movimientos del siglo. Ya es un periódico publicado en Teruel, ya una hoja escrita en Cádiz. La fuerte y trabajadora Barcelona tiene en 1840 fuerzas formidables á servicio de la República. Sus clamores en favor de la junta central por los años siguientes son clamores instintivos hácia el republicanismo. Algunas veces, tanto en las Cortes del Estatuto como en las Cortes subsiguientes, la palabra República, recibida siempre con rumores, brota de los labios de un orador exaltado. La ciudad de Figueras funda por estos días una escuela política, dirigida por hombre de mucho nervio en su carácter y mucho entusiasmo en su fé, el cual une con el republicanismo ideas generosísimas de emancipación social.

Antes, mucho antes de la revolución de Febrero en Francia, pequeño grupo de diputados traza su programa conteniendo las ideas fundamentales de la democracia. De este grupo fué como director el único representante del partido progresista que llegó á las

Cortes tras la violenta reacción de 1843. Y no solo en el Parlamento aparece la aspiración democrática, sino también sostenida por una juventud entusiasta y de alta inteligencia, aparece en la prensa por medio ya de periódicos, ya de folletos, escritos con la exaltación y la elocuencia propias de nuestra raza. Las condiciones de la tribuna y de la prensa difícilmente consentían que aquella aspiración democrática tomase el nombre de aspiración republicana; pero como toda idea se expresa, si no á la luz en las sombras, las sociedades secretas suplían admirablemente la falta de publicidad, y fundaron no tanto un partido como las bases de un partido llamado en lo porvenir á poderosa influencia.

Sentimos, como toda Europa, el sacudimiento de 1848 en Francia. Los pueblos europeos forman una federación tácita, informe boceto de la federación expresa que han de formar con el tiempo. Dos alzamientos se intentaron en Madrid, y los dos sucumbieron, el uno en Marzo y el otro en Mayo de 1848. A pesar de estas derrotas materiales, el partido republicano creció moralmente. La tribuna resonó con sus ideas. La prensa, bajo insensatas persecuciones, guardó siempre para esta idea alguna representación. Los jóvenes que antes de 1848 acariciaban la República, crecieron así en número como en educación política. Escuelas para el pueblo se consagraron so color de instrucción general, á difundir la educación republicana. Sociedades secretas se extendieron por todas partes. El cautiverio ó la deportación fué mil veces el resultado de tantos esfuerzos. Pero en las cárceles, en el destierro, los republicanos se sostenían unos á otros, llenos todos de fé, en la esperanza de días mejores, consecuencia natural de tan sagrados esfuerzos.

Uno de los caracteres de nuestra raza es su originalidad nativa. No fia sino en sí misma. Le importa poco una reacción general europea, y no la toma en cuenta cuando ha decidido ser libre. En 1820 Europa estaba some-